



S E R I E

X X I

CUENTOS DE LA MOLINERÍA

FEDERICO NOVAK

COLECCIÓN OCTAEDRO



Novak, Federico

Cuentos de la molinería / Federico Novak. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ruinas Circulares, 2019.

92 p. ; 20 x 14 cm. (Octaedro / Díaz Mindurry, Liliana; . SERIE XXI)

ISBN 978-987-4952-18-9

1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.
CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

SEPTIEMBRE 2019

Diseño de tapa, *Serie XXI*: Patricia Bence Castilla

Imagen de tapa:

Museum: Van Gogh Museum, Amsterdam. Author: Delâtre, Eugène

(fragmento),

Contacto con el autor: fedenovak@gmail.com

Ediciones Ruinas Circulares

Directora: Patricia Bence Castilla

Aguirre 741 - 7º B

(1414) Buenos Aires

E-mail: info@ruinascirculares.com

www.ruinascirculares.com

FEDERICO NOVAK

CUENTOS DE LA MOLINERÍA

-CUENTOS-

COLECCIÓN OCTAEDRO

SERIE XXI

ediciones ruinas circulares

Este Libro está enteramente dedicado a las memorias de Edgardo Larreategui y Elsa Scalerandi, con el primero pasé sesiones de terapia enteras hablando de literatura y leyendo hasta que consiguió que escribiera; la Segunda, mi única abuela, fue la persona que más se ocupó de mi felicidad mientras vivió, uno de los grandes amores de mi vida.

“A Simona Aja que ganó en una cancha en la que ganan pocos. No es mi sobrina ni mi ahijada, es bastante más que eso. A Valentina Novak, la más bella, con quien tengo pensado en breve empezar a tomar clases de futuro”.

Marcelo Rossi confió en mí (con lo poco que suelo hacer yo por inspirar confianza) en un momento muy particular de mi vida y propició un marco institucional de absoluta libertad que me permitió desarrollar mi laburo y este libro que tanto deseé.

Gerónimo Sarria es mi amor, mi cómplice y todo. Y pone las manos en el fuego por mí, los que me conocen saben el delirio que eso significa.

Armando Valbuena y Federico Moreno supervisaron y criticaron este libro mientras se fue gestando; el primero es un dulce de leche aunque me ha dicho barbaridades algunas veces; el segundo es una basura como yo, por lo tanto me hace reír y lo quiero mucho.

Ana Rossi un día les dijo a mis que yo era un gran escritor (según la pronunciación de Hipólito), y ahora sienten orgullo de su padre. Y me encanta que se enorgullezcan de mí.

Analía, Isabella e Hipólito son quienes se bancan mi vida, me dan amor y me sostienen. Sin ellos ya no soñaría con nada hace rato.

A MODO DE INICIO

En un mundo por el que ya casi no vale la pena pasar, hacer trampa es uno de los pocos estímulos vigentes, descubrir la trampa también. Gastada la superioridad moral impuesta por algunos sectores del poder, en todos los personajes de este libro subyace la necesidad de volver a lo terrenal, despojados de cualquier vara subjetiva que pueda diferenciarlos. Hay un goce en hacer trampa y no ser descubierto, un por qué vivir, como también lo hay en descubrir la trampa y ponerla en evidencia. En ese sentido podría decirse que los personajes de estos siete relatos pulsean todo el tiempo por subir o bajar la vara ética y moral de la tarea que los pone en carriles opuestos.

Siguiendo esta línea de pensamiento, las siete ficciones que conforman los CUENTOS DE LA MOLINERÍA, vienen a discutir y cuestionar si realmente la trampa es la energía vital que moviliza al mundo actual y a los personajes de los siete relatos, y plantea, en cada uno de ellos, el sinsentido de dejar la vida en descubrir trampas. Bucea en ese desopilante argumento. Y con disparates e ironías expone el límite difuso que existe entre el

bien y el mal. Reduce de manera ajena a nuestros dogmas y preceptos de legalidad, los límites de la ética pública y de la moral privada.

Se trata de siete relatos que transcurren en inspecciones a molinos harineros en el que los tramposos son siempre indeseables y los inspectores: frustrados, mañosos, decentes y tristes testigos de un sistema que muchas veces los humilla y repudia.

Este libro, a pesar de estas líneas previas, no se propone desmoralizar, ni hacer reflexionar a nadie sobre cuestiones morales o éticas. Por el contrario, es la oportunidad de gozar de unos torpes recursos técnicos literarios, dispuestos por el autor con el objetivo de ridiculizar el sinsentido de buscar un vigilante para cada trampa.

Pero por sobre todas las cosas, este libro expone, ignoro con qué fortuna, la necesidad de defender el rol del estado como igualador de oportunidades, para que el sector privado entienda, que más y mejor estado es garantía de mayor igualdad para todos.

FRATMAN

Un pueblo para Rosendo

*A Federico Moreno,
el tipo que más me ha hecho reír en los últimos tres años.*

Cuando llega a Casilda junto a Alejandro el sol dobla los semáforos contra el pavimento, las veredas se ondulan y la brea que une los paños de asfalto burbujea con lentitud como una sopa espesa mientras hierve. En la esquina de la plaza principal, a las dos de la tarde, el Renault que los traslada conducido por Alejandro, parece el auto de una maqueta de una ciudad que todavía no ha sido urbanizada del todo, el calor inmoviliza la tarde y priva a la ciudad del principal atributo: su gente. Alejandro llega engañado, viajó engañado, aunque algo sospecha. Sonriente, con el semáforo en rojo, mastica un chicle con pedantería y soberbia.

—Otra vez este calor de mierda — dice.

—¿Qué esperabas en febrero?

—Nada, ya no espero nada, seguro hay que ir a ver a ese viejo de mierda de nuevo.

—¿Vamos hoy a la tarde o vamos mañana?

—Sabés que no me gusta, sabés que me niego
¿Hay que ir a lo del viejo, no cierto?

— Sí.

— Vamos primero al hotel, y te aviso que yo no voy.

Llegan al hotel América, bajan del auto el breve equipaje, Alejandro completa los datos personales, le dan la llave de la habitación, a los pocos minutos se encuentran echados en las camas, descalzos, con los pantalones desabrochados, sin expectativa de nada y con el televisor encendido, pero sin volúmen.

Como a las cinco y media de la tarde el que no es Alejandro abre los ojos y descubre que se encuentra solo en la habitación, se acomoda un poco la ropa, sale al pasillo camina unos metros y lo encuentra al compañero en el hall del hotel tomando una cerveza.

— Y ahora qué pasa con ese viejo — dice —, ¿otra vez ese viejo de mierda?

— Nada, qué sé yo. Debe andar haciendo cagadas como siempre.

— Pero la reputa madre, otra vez se nos va a cagar de risa. Yo no voy.

— Vos vas a venir a inspeccionar el molino, otra vez, ahora especialmente porque debería estar recibiendo trigo. Es un viejo pícaro Rosendo, tiene más de cuarenta años en la molinería, en la zona se dice que el ochenta por ciento del trigo que compra, lo compra en negro y que, casualmente vende en negro el mismo porcentaje de la harina que produce.

—Yo no voy.

El que no es Alejandro sabe que a Alejandro le importa nada lo que el viejo haga con su negocio, el trigo, la molinería, Casilda, la provincia de santa fe entera, la inocencia con la que las autoridades les encomiendan algunos trabajos. Sabe que no le importa nada, pero lo necesita y lo va a persuadir a cualquier precio.

Después de haber tomado dos cervezas en silencio el que no es Alejandro dice que le parece mejor no mostrarse por el centro de Casilda, porque enseguida le irán a Rosendo con el cuento, y que darle veinticuatro horas de ventaja es darle mucha ventaja.

Así que comen algo en el hotel, temprano, toman tres o cuatro cervezas más, no hablan de nada que tenga que ver con la inspección al molino de Rosendo y se van a dormir. Duermen unas siete horas, desayunan café con leche que ninguno de los dos desayuna habitualmente, toman jugo de naranja que ninguno de los dos toma habitualmente, comen medias lunas y tostadas con manteca siempre por fuera de todo hábito cotidiano. Nadie dice nada hasta que Alejandro Arriesga:

—Mirá, lo estuve pensando, te voy a acompañar una vez más, pero si a este viejo no le enganchamos ningún chanchullo, cuando salimos del molino vos vas a cumplir una prenda.

— Dejate de joder.

— Si no, no voy.

— A ver...

— Vas a agarrar el auto y te vas a poner a dar vueltas en una de las rotondas de las cuatro esquinas de la plaza durante dos horas de reloj.

— ¿En esas rotonditas pequeñas de la punta de la plaza? Estás loco.

— Es simple, sino no voy.

— ¿Y si le encontramos algún chanchullo?

— Vos ponés la apuesta o reto que consideres.

— Hecho.

Entran a la planta a eso de las ocho de la mañana. ¿Cómo los trata Casilda? Pregunta alguien ni bien ingresan al molino, al parecer ya les han informado de su llegada a la ciudad. Empiezan mal, bah, el que no es Alejandro empieza mal. Miren que la cosa no viene nada bien, no hay ni trigo ni harina en la planta, les avisan enseguida. Alejandro sonríe, tal vez ya tenga más de media apuesta ganada.

Se sientan en una mesa corroída por un sinnúmero de papeles desordenados y de inmediato el que no es Alejandro solicita los libros oficiales en los que se asientan las entradas y salidas de mercadería. El contador está de vacaciones, le responden, causal de inhabilitación piensa, lo mira a Alejandro y sonríe.

¿Es éste? pregunta una voz femenina que aparece de pronto; el que no es Alejandro responde que sí. Corroboran los saldos en cero desde hace seis meses. Si seguimos así vamos a tener que cerrar el molino, la voz de Rosendo aparece detrás del humo que escupe su boca. El que no es Alejandro pregunta cómo paga sueldos, servicios, proveedores si hace seis meses que no muele un grano de Trigo. Rosendo sonríe y le dice que por suerte no vive del molino y que cerrarlo le da pena por los muchachos que trabajan allí. En eso irrumpe Alejandro y acepta un café que no le ofrecieron. Ah, sí, cómo no, enseguida se lo preparo dice la voz femenina. Usted me quiere explicar a mí que está haciendo beneficencia con semejante molino responde el que no es Alejandro. Qué quiere que le diga dice Rosendo, mire los libros, ahí los tiene, vaya y miré el controlador fiscal y fíjese desde cuando no acusa molienda.

El que no es Alejandro recorre la planta con la vista minuciosamente, las máquinas que componen el diagrama de molienda están frías, se enfrían rápido piensa, en los rodillos de rotura de trigo no hay un solo grano, se limpian rápido piensa. Luego vuelve a la oficina con Rosendo. Alejandro toma su café mientras hace reír a la de la voz femenina. No hay pruebas de nada. El que no es Alejandro presume

innumerables maniobras fraudulentas pero no puede constatar ninguna. Llame al molinero por favor, dice. Lo tengo de vacaciones, a qué lo voy a hacer venir responde Rosendo.

Un hombre entra a la oficina y pregunta si puede descargar el trigo. Sí, dice Rosendo. El que no es Alejandro le indica a Alejandro que le tome la patente al camión y a la voz femenina que le facilite los papeles de tránsito de ese camión. Todo perfecto, no lo puede creer. Tengo un compromiso tomado con un viejo cliente y no le puedo fallar comenta Rosendo, molemos este camión y después dios dirá, agrega. El que no es Alejandro tiene versiones de que entran los camiones de trigo a la noche, muelen a la noche y a la mañana siguiente salen a repartir la harina. Pero no hay rastros de esa operatoria, ni un solo indicio que pueda confirmar estas presunciones, entonces termina de labrar el acta, la batalla está perdida, no hay pruebas de nada, Alejandro no sabe ni le importa nada de la molinería, pero confiaba plenamente en que Rosendo es más rápido que ellos.

—En la molinería hay dos boludos no más, nosotros dos— sentenció mientras iban saliendo de la planta.

Salen del molino, el que no es Alejandro con un gesto adusto, Alejandro sonriente, suben al

Renault, conduce Alejandro, en Casilda ha concluido el horario de la siesta, la gente empieza a montar pequeñas reuniones en las veredas, sacan sillas, mate, curiosidad y algunos prejuicios. Mientras van pasando contemplan la seriedad de los vecinos que ya están apostados en las veredas, los miran con desconfianza, con inocencia, con desprecio. Alejandro comenta:

— Aquella rotonda me parece que es la más chica. A esa vas, debe tener diez metros de diámetro, vas a dar vueltas dos horas o hasta que se llene la plaza de curiosos, lo que suceda primero.

— Dejate de joder.

— Dale, manejá vos y encará nomás. A mi déjame en el café de la esquina, me voy a sentar allí y cuando termines comemos algo — dice Alejandro entre risas.

El que no es Alejandro encara la pequeña rotonda, no puede creer que haya perdido la apuesta, no puede creer que en el molino de Rosendo no hayan podido constatar una sola falta, da la primera vuelta y empieza a pensar que es extraño, en la segunda vuelta piensa que no puede ser, en la tercera que fue un error no ir el mismo lunes a la tarde al molino, en la cuarta que quizás le avisaron a Rosendo del hotel, en la quinta que ha hecho el papel de estúpido, en la sexta se empieza a juntar gente en la plaza, en la séptima observa comentarios entre los curiosos, en

la octava ve que a Alejandro le sirven cerveza, en la novena un pájaro le caga el parabrisas, en la décima y onceava reflexiona sobre su indignidad, en la doceava calcula que habrá unas sesenta personas en la plaza preguntándose para qué da tantas vueltas a una rotonda de diez metros de diámetro, en la treceava piensa en su mala suerte, en la catorceava siente miedo y vergüenza y resuelve empezar a cogotear como quien busca una dirección, en la vuelta número quince empieza a disfrutar de la convocatoria y entiende la diferencia entre el vértigo y el mareo, reflexiona un instante sobre eso y como la cuenta es automática, cuando deja de cavilar se encuentra en la vuelta número veintidós, Alejandro y el mozo se ríen allá en el café, han pasado diez minutos y se habrá llenado media plaza, se indigna con la risa de Alejandro, pero proyecta que en diez minutos más puede llenar la plaza de gente y de esa forma terminar la prenda en un sexto del tiempo estipulado. En la vuelta treinta observa que algunos de los curiosos ajustan tornillos imaginarios en sus sienes con el dedo índice, en la vuelta treinta y dos un patrullero se detiene a unos veinte metros de la rotonda, en la treinta y cinco se suma una ambulancia y la gente que ocupaba la plaza en dos tercios de su capacidad comienza a dispersarse, en la vuelta treinta y siete uno de los policías con un

megáfono insta a la gente a dispersarse, en la vuelta treinta y ocho la gente empieza a retirarse del todo, en la treinta y nueve Alejandro charla con un hombre que se encuentra de espaldas a él, en la cuarenta el que no es Alejandro no puede detenerse a pesar de perder aficionados, en la vuelta cuarenta y dos le dan la voz de alto por el megáfono y el que no es Alejandro le sonríe al policía que pretende detenerlo, en la cuarenta y cuatro Alejandro se para y el hombre que está con él se da vuelta, es Rosendo, en la vuelta cuarenta y cinco dos policías apuntan al Renault y el del megáfono da la voz de alto por última vez. La vuelta cuarenta y seis se cierra frente a los oficiales que lo invitan a bajarse del auto, cuando lo empiezan a requisar vomita, la gente comienza a arrimarse a la escena nuevamente, Rosendo y Alejandro se acercan también.

El que no es Alejandro, sentado en el asfalto, con la espalda apoyada en el Renault y los ojos desorbitados respira hondo mientras Rosendo conversa con la policía, parece que les diera instrucciones. La policía y la ambulancia abandonan el lugar, Alejandro no se atreve a mirarlo.

- Vos molés a la noche y eludís el controlador fiscal.
- Sí, pero hay que probarlo, hijo. Vamos, levántate y mándense a mudar los dos que este pueblo es mío.

No saber ni querer nada

*A Zelmar Acevedo Díaz,
El único escritor que se va consagrando
con cada letra que tipea.*

Es momento de balances, el que no es Alejandro cumple cuarenta años, y se topa con la fecha lejos de su casa, reunido con gente a la que no quiere, en Venado Tuerto, junto a algunos compañeros de trabajo, alguien armó un asado en la casa de no se sabe quién.

—Estás hecho mierda—comenta Sergio—, cuarenta años, y cuántos en el ministerio ya—pregunta mientras destapa una cerveza con el canto del filo de un cuchillo.

—Unos quince años—comenta al tiempo que estira el brazo para que le sirvan.

—Cuarenta de vida, pero quince de ellos signados por deslealtades, bajezas, inmoralidad, chicanas, chantajes, avivadas, traiciones, inescrupulosidades, vendetas, extorsiones y psicopatía—comenta Diego y se ríe con el diafragma, está tomando desde temprano.

El que no es Alejandro piensa que será mejor que se cuiden con el alcohol un poco, pero sabe que

va a ser difícil con Diego, la ilusión está puesta en que el sueño lo venza y se acueste temprano. El molino harinero de Rosani no tiene nada de particular en apariencia, aunque su política comercial está regida por un hombre de un metro cincuenta, que se adorna o degrada en la ostentación de piezas de oro, su postura corporal erguida se sostiene por los dedos pulgares incrustados en los bolsillos del chaleco del traje, por debajo del saco, nunca camina solo.

Ahora están de cumpleaños, el que no es Alejandro, aunque no quiere mucho a ninguno de sus compañeros, tiene cierta admiración por Diego, por el modo en el que subestima el trabajo que hacen, por su condición innata de ver lo que otros no ven durante las inspecciones y por la capacidad de hacer humor con la miseria humana que sustenta su trabajo y su propia vida. Si bien extraña a la familia, este asado de cumpleaños le llena el alma en términos de que Diego ha descubierto que se cumplen hoy, además de sus cuarenta años, y lo ha dicho con total desparpajo, con la autoridad que le confiere saberse en la misma situación, quince años del acceso a una de las degradaciones más edificantes de la moral humana: la función pública. Y es por eso que le ha dicho, vos no cumplís nada más que cuarenta años, también cumplís quince de desarrollar tareas miserables para

un sistema miserable, que se materializan en forma de bajezas, inmoralidad, chicanas, chantajes, avivadas, traiciones, inescrupulosidades, vendetas, extorsiones y psicopatía. Y con esa contundencia Diego le ha arrancado una sonrisa, y le ha alegrado un poco la velada, aunque el que no es Alejandro no pueda dejar de pensar del todo en que mañana tienen que inspeccionar el molino de Rosani, el molino harinero de un tipo que siente orgullo de las inmoralidades descriptas por Diego sobre el comportamiento humano con el que desempeña las funciones que le han sido asignadas el hombre que hoy cumple cuarenta años.

—Relajate, disfrutá tu cumpleaños— dice Diego—, ya sabés quién es Rosani.

—No pensaba en Rosani.

—Sí, pensabas en Rosani. ¿En qué vas a pensar? ¿En que cumplís cuarenta años y te arrepentís de cada paso que diste en esta vida?—Diego se ríe y con la mano derecha le toma la rodilla.

No piensa en Rosani, *primero renegarás con el imbécil del gerente del molino, no identifica qué lo desilusiona tanto, mira el fuego que crepita y ondula según lo apantalla Marcos, dirá que el molino no está funcionando, que las cosas no andan nada bien, que Rosani es un hombre con muchos años en el rubro y que por eso subsisten todavía, todas y cada una de las charlas previas*

al asado como así también los posteriores, giran en torno a epopeyas que no han sido tales, a mujeres que no han sido tales, a consolidaciones que no han sido tales, a falsos amores, a la justificación del matrimonio, a falsedades vinculadas con la emoción que provoca ver crecer a los hijos, algún consejo pacato para los más jóvenes, y todo en un viscoso, reconfortante y grosero clima de camaradería, *después confirmarán en los libros de movimientos de trigo que el molino trabaja de promedio tres días al mes y que hoy se cumplen diez días de que no se procesa trigo, todo muy raro como siempre, porque las facturas de consumo eléctrico indican que el molino no se detiene, porque los rodillos de la primera rotura aún están calientes, pero el gerente ante estas observaciones se hará el ofendido, no pensar en Rosani le permite al que no es Alejandro disfrutar plenamente de la rememoración de anécdotas empobrecedoras del espíritu humano, y la cosa comenzará a ponerse realmente linda cuando Diego efectivamente compruebe que los rodillos están calientes y los bancos de primera rotura están cargados de trigo, más y más linda cuando compare la factura de consumo eléctrico actual con la del mismo período del año anterior y descubra que ante el mismo consumo, la molienda varía en un quinientos por ciento y entonces el Gerente aumentará su cara de ofendido y fingiendo que la situación lo desborda lo llamará a Rosani, cuando los primeros pedazos de*

carne caen sobre los platos, Diego propone un brindis a la salud del cumpleaños y de todos los que de una u otra manera forman parte de este cuerpo de fiscalizadores.

— Tullido y flácido, pero cuerpo al fin — concluye y se ríe.

Dejará su camioneta tirada sobre el césped de entrada al predio, descenderá del vehículo ayudado por el gerente, que en actitud de arrastrado todo el tiempo intentará compensarle a Rosani los treinta centímetros que le faltan, son los cuarenta y los está pasando rodeado de tipos que son, en esencia, lo mismo que él, se miran así mismos desde un único punto de vista, se auto perciben como partículas diminutas del esputo de un Dios que no los quiere, y el único que es capaz de poner esto en palabras es Diego, que ahora mea detrás de la parrilla mientras sopla por la nariz exageradamente, dirá ustedes no quieren que la gente trabaje, son malos, Rosani apuntará a Gerónimo con la pera, desde abajo, los pulgares en el bolsillo del chaleco, en un vaivén de los talones, usará amenazas, deslealtades, bajezas, inmoralidad, chicanas, chantajes, avivadas, inescrupulosidades, prometerá vendetas, extorsiones, psicopatía, usará las armas de los petisos, las armas de este mundo de malos y de salvajes. Negará todo, llorará si es necesario, movilizará gente para persuadirlos, humillará al

gerente para que Diego crea que el personal lo perjudica, y claro que no hay torta ni vela, ni nada, pero sí hay una charla que ahora se pone honda, una charla sobre el para qué abrir la ducha cada mañana, el que no es Alejandro ha quedado aletargado por el mucho alcohol ingerido, mira todo desde la ajenidad más absoluta, frota sus manos contra los muslos pero no logra tomar impulso, Marcos apila cenizas sobre las brasas mientras con hojas de diario abolladas refriega la parrilla.

—Cuarenta años, hermano—comenta Diego mientras reniega—, y no has hecho ni harás nada que te gratifique realmente en toda tu vida.

—¿Vos decís?—pregunta el que no es Alejandro sin medirle la distancia, riendo.

—Pensá realmente si has elegido alguna cosa enteramente desde que naciste—, inquiere Diego sin hacer foco en nada, pero con la vista direccionada hacia el que no es Alejandro.

—No, no elegí nada, y vos tampoco—responde el que no es Alejandro y agrega—: ni vos, ni yo, ni aquel que aplasta las brasas con cenizas, ni Rosani, ni el gerente de ese molino de mierda.

Sin pensar en Rosani es mucho más sencillo todo, incluso mitigar la violencia de Diego. Cuando el que no es Alejandro logra olvidarse del molino de

Rosani y de lo que representa Rosani para su trabajo, a las doce y media de la noche cualquier ser humano comienza su año cuarenta y uno de vida con total espontaneidad, *dirá que ya no vale la pena apostar al país, sentará al gerente a su lado mientras conversa con el cuerpo, tullido y flácido, de inspectores, para enseñarle el oficio, para enseñarle a agacharse, extorsionar, mentir, vendrá, como todas las otras veces, cuando se le anuncie la clausura, con las llaves del molino en la mano a ofrecérselas a Diego, le dirá que se lo regala, pero que se va a tener que hacer cargo de la gente, dirá que no quiere saber más nada, que al final ya no sabe cuál es el rol del estado, y Diego tal vez se muestre inquebrantable, quizá para honrar los cuarenta años del que no es Alejandro o porque la resaca siempre lo pone menos flexible, menos permeable, menos arrastrado, más orgulloso, menos contemplativo, más hijo de puta, Diego se larga a llorar y el que no es Alejandro se para lentamente y anuncia que se va a dormir y que mañana los levantará a todos a las siete de la mañana, todas las cartas estarán echadas, todas las pruebas hablarán por sí solas, todos los caminos conducirán a la clausura del molino de Rosani, Diego esgrimirá algunas ideas sobre la deslealtad comercial y los beneficios de emparejar las reglas de juego, hará lo que hace siempre, hablará de transparencia, la bendita transparencia, un mercado transparente, en un mundo que se piensa para no más de tres actores, reglas*

claras, libre concurrencia a los mercados para aquellos que desde la nada y sin nada un día resuelven volcarse al mundo de la guita, con la premisa de para qué ser pobre si uno puede involucrarse con esta cantidad de maneras de ganar guita y ser amigo de quienes hacen guita como uno y en el afán de hacer guita encontrarse de pronto con un estado hipócrita que regula y controla todo lo que uno no se puede reprimir.

No pensar en Rosani por un rato, mientras dura el sueño, no saber nada, no querer nada y no pensar en nada durante seis horas de sueño, seis horas sin inmoralidad ni chicanas, seis horas sin conductas extorsivas ni psicopatía, seis horas sin existir ni ser percibido.

INDICE

Los ojos cada mañana /*página 11*

Un pueblo para Rosendo /*página 21*

El sol del invierno /*página 30*

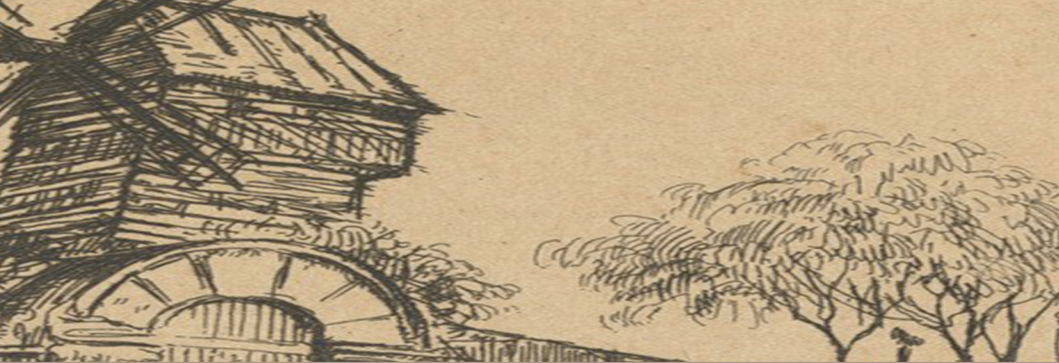
Sueños de libertad /*página 40*

El aire puro /*página 54*

La idiosincracia de los pueblos /*página 63*

No saber ni querer nada /*página 77*





Se trata de siete relatos que transcurren en inspecciones a molinos harineros en el que los tramposos son siempre indeseables y los inspectores: frustrados, mañosos, decentes y tristes testigos de un sistema que muchas veces los humilla y repudia.

Este libro, a pesar de estas líneas previas, no se propone desmoralizar, ni hacer reflexionar a nadie sobre cuestiones morales o éticas. Por el contrario, es la oportunidad de gozar de unos torpes recursos técnicos literarios, dispuestos por el autor con el objetivo de ridiculizar el sinsentido de buscar un vigilante para cada trampa.

Pero por sobre todas las cosas, este libro expone, ignoro con qué fortuna, la necesidad de defender el rol del estado como igualador de oportunidades, para que el sector privado entienda, que más y mejor estado es garantía de mayor igualdad para todos.

FRATMAN



EDICIONES RUINAS CIRCULARES